

“¿No será tiempo de iniciar una reacción enérgica al respecto?” A propósito de la historia en la revista *Qué Pasa*, 1971-1973

"Won't it be time to start a strong reaction about it?" About history in *Qué Pasa* magazine, 1971-1973

Mario GONZÁLEZ INOSTROZA

Universidad de Valparaíso, Chile
mario.gonzalez@uv.cl

Resumen

En el siguiente artículo se aborda el tratamiento que le dio a la historia la revista *Qué Pasa* entre 1971 y 1973. Se sostiene que a pesar del carácter semanal y de actualidad de la revista, fundada, en su mayoría, por abogados e historiadores, no dejó la lucha en torno a lo historiográfico. La cuestión de la historia estuvo siempre presente, destacándose una sección permanente, los Cuadernos Históricos, como estrategia de disuasión, incluyendo, además, reportajes en torno al conocimiento de esta. El uso público de la historia tuvo una importancia fundamental para este grupo, pues de aquella comprensión dependía en gran medida el destino de la nacionalidad.

Palabras clave: *Qué Pasa*; Cuadernos Históricos; héroes; historia.

Abstract

The following article addresses the treatment given to history by the journal *Qué Pasa* between 1971 and 1973. It is argued that despite the weekly and topical nature of the magazine, founded, for the most part, by lawyers and historians, did not stop the fight around historiography. The question of history was always present, highlighting a permanent section, the Historical Notebooks, as a strategy of deterrence, including, in addition, reports on the knowledge of this. The public use of history was of fundamental importance for this group, since the fate of nationality depended to a great extent on that knowledge.

Keywords: *Qué Pasa*; Cuadernos Históricos; heroes; history.

Mario GONZÁLEZ INOSTROZA

“¿No será tiempo de iniciar una reacción enérgica al respecto?” A propósito de la historia en la revista *Qué Pasa*, 1971-1973

Sur y Tiempo. Revista de Historia de América, N°6, julio-diciembre 2022, pp. 168-187.

ISSN 2452-574X

DOI: 10.22370/syt.2021.6.3350



1. Introducción

La muerte en 1968 del historiador, intelectual católico e hispanista Jaime Eyzaguirre, provocó una gran conmoción en sus discípulos (*El Mercurio*, 1968; Aránguiz, 1968; Zegers, 1969). Desconcertados frente a una tragedia de gran profundidad, advirtieron en ese lamentable suceso un síntoma de lo que se estaba revelando para el país. En sus concepciones, el maestro había clamado en el desierto, sin haber sido escuchado, muchas veces ignorado y, otras tantas, ridiculizado. La cuestión es que, para estos, la evidencia histórica le había dado la razón a Eyzaguirre, pues el 4 de noviembre de 1970, había arribado al poder una coalición de gobierno que levantó las banderas del marxismo, corolario de todo lo que el grupo había combatido.

Como fieles que eran, y aun considerando exageradas varias de las sentencias de Eyzaguirre, siempre se tomaron sus palabras en serio. No habían dejado de luchar a través de la modalidad que consideraban más adecuada, la organización de revistas, a pesar de que perdieron en distintas ocasiones, como cuando se tuvo que cerrar *Finis Terrae* en 1967 y *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* en 1968, que solo alcanzó a editar dos números.

Mas, luego de aquella pérdida irreparable y las derrotas sufridas, hicieron lo posible para que la memoria del mentor no quedara en el olvido. Impedir el ascenso de la izquierda al poder, y cuando no, enfrentarla con todas las armas a disposición, fue una de las tareas que asumieron luego de la muerte de Eyzaguirre. Así, la pérdida la asumieron como impulso y revitalización de las fuerzas alicaídas. Sabían que las estrategias y los modos de desenvolvimiento debían modificarse para vencer, de lo contrario sucumbirían de nuevo. El advenimiento de la Unidad Popular venía a coronar todo lo que rechazaban, por lo que no podían darse el gusto de ser derrotados nuevamente, pues en esa lucha se apostaba por un dilema de hondura superior: la permanencia de la nación como principio regidor y el orden social que esta aseguraba en su particular forma.

Empecinados, como disgustados que estaban, asumieron la misión que Eyzaguirre les había dejado: levantar un proyecto revisteril distinto a todos los que habían organizado hasta esas fechas, no tan solo en el contenido, sino que también en su modo de accionar¹. De tal manera, no solo fundaron en enero de 1969 la revista *Portada* (Silva, 1972), sino que también en abril de 1971 la revista *Qué Pasa*, semanario de actualidad periodística. Con ambas, readaptándose a las circunstancias históricas, salían a disputar el espacio público, deslegitimando el sistema demoliberal, para proponer un orden social nuevo (Ruiz, 1992).

¹ Tarcus sostiene que “son las revistas, antes que los diarios o los libros, los vehículos privilegiados de los colectivos intelectuales para llevar a cabo sus estrategias de disputa hegemónica” (2020: 21), lo que bien sabía hacer Eyzaguirre y aprendieron sus discípulos.

En el presente artículo abordaremos una de estas revistas, *Qué Pasa*, a partir de una óptica distinta a cómo se la ha tratado en otras investigaciones (Santoni, 2018; Gomes, 2016; González, 2013), enfocándonos en el uso público de la historia que este grupo hizo a través de sus páginas. No solo insertaron una sección que tuvo una permanencia religiosa a lo largo de un lustro, los Cuadernos Históricos, en una revista que no era de especialidad ni estaba animada precisamente para esos fines, por lo menos a simple vista, sino que fueron alternando con reportajes que aludían a la historia, dejando ver la concepción que el grupo tenía de esta y el modo de comprenderla. Este uso público de la historia, siguiendo a Nicola Gallerano (2007), no se entiende acá como mero consumo, entretención o como un simple uso político manipulador, como a menudo ocurre con la “industria” que se ha hecho del pasado. Por el contrario, su uso público tenía que ver con los valores y las creencias más profundas que permeaban al grupo.

Qué Pasa contaba con intelectuales que no solo tenían un gusto por la historia, sino que también algunos de ellos la cultivaban seriamente, como Gonzalo Vial, Fernando Silva, Cristián Zegers (sumemos también aquí a Javier González Echenique, que era miembro de *Portada*) y todos ya habían tributado en esos términos en algunas de las revistas que dirigió Eyzaguirre, como en *Finis Terrae*, *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* o el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* e *Historia*, de las que aún varios seguían siendo integrantes.

De ese modo, *Qué Pasa* no dejó de lado la representación histórica como estrategia de lucha, siendo este plano, eje fundamental del contenido de la misma. Esta se esmeró por dar su propia versión de ciertos procesos históricos en disputa, la mayoría sobre el Chile republicano, en especial del siglo XX, con el objetivo de ejemplificar y orientar la opinión pública sobre algunos fenómenos históricos que consideraron de trascendencia mayor. Al final de cuenta, la lucha por la historia seguía pensándose como guía de evaluación y acción. En sus formas de ver el asunto, el desconocerla o tergiversarla en función de la propaganda política, como acusaban a los historiadores de izquierdas con quienes disputaban en aquel campo, en especial los marxistas, o al propio gobierno de la Unidad Popular, era introducirse en terrenos pantanosos que incidirían, inevitablemente, en el quiebre de la nacionalidad.

El régimen de historicidad, en el que el pasado era bisagra imprescindible para comprender el presente y proyectar el futuro, fue una cuestión que no pudo obviarse en una revista con una composición humana que tenía un fuerte carácter misional, razón por la cual, era un deber ineludible hacer uso de la historia en esa nueva modalidad si ello sirviese para ilustrar al ciudadano. De ahí un vínculo estrecho entre el conocimiento de la historia y su prolongación en una serie de prácticas específicas, destinadas a la transformación de la conciencia colectiva (Gallerano, 2007:88).

En relación a esto último, y para cerrar, cabría decir que los saberes que producían, si bien no se limitaron a ser divulgados a través de las páginas de la revista, porque si se recuerda estos fueron impartidos en los centros universitarios donde muchos de ellos se desempeñaban, hay que hacer notar que el Instituto Cultural de Providencia, por esos años, se constituyó como un importante foco de esos saberes, cuestión de la que estamos al tanto por la gran promoción que hicieron ellos mismos a través de las páginas de *Qué Pasa*, destacando las actividades que realizaban en ese entorno. No pocos esfuerzos hicieron por dotarse de otros espacios para difundir su forma de entender la historia, en momentos en que la misma no les era favorable, pasándoles una mala jugada.

Las fuentes usadas para este trabajo se limitan a la propia revista *Qué Pasa* entre los años 1971 y 1973, hasta el golpe de Estado. Especialmente, se utilizaron los Cuadernos Históricos, los editoriales y reportajes en que expresaron temas relativos a la historia y su conocimiento. Si se ha dejado el análisis hasta ese acontecimiento, se debe a que luego de aquel, comienza una estructuración sobre estos asuntos, respondiendo a otras lógicas.

Si bien el siguiente artículo se dividirá en tres partes, el espacio otorgado a cada uno de ellos es bastante desigual, dada la naturaleza de lo que se trata. La primera analiza tres temas difundidos en los Cuadernos Históricos para señalar el esfuerzo que hicieron por vincular la historia con el acontecer nacional de aquel momento y deslegitimar ciertas lecturas que provenían de algunos de los historiadores de las izquierdas. En la segunda, se aborda la concepción de la historia que dejaron entrever en sus páginas, en editoriales y reportajes, mucho más nítida que en los Cuadernos Históricos, en el que se limitaron solo a narrarla sin expresar qué era lo que entendían por esta, independiente de lo que el lector podía interpretar de la misma narración. La tercera parte trata sobre uno de los espacios en que intentaron divulgar los saberes que producían, como lo fue el Instituto Cultural de Providencia, esto, por la permanente alusión que hicieron del centro.

Sea así, este trabajo, un aporte respecto a cómo se comportó un conjunto de historiadores de derechas en un momento determinante para sus vidas y para el país en general.

2. Los Cuadernos Históricos, sección imprescindible de *Qué Pasa*

Desde el primer número de *Qué Pasa* de abril de 1971, se mantuvo una sección que llevaba por nombre Cuadernos Históricos (en adelante, CH) Fueron distintos los temas que abordó desde la óptica de la historia política tradicional, haciendo uso de un lenguaje ameno y sin innovar mucho, debido a que la revista era dirigida a un público, especialmente, de clase media, aunque no el único. Entre las crónicas que aparecieron hasta septiembre de 1973, en lo fundamental propios del

Chile republicano, se hallan: “La sangre del pueblo”, sección destinada a los episodios de violencia que sufrieron los trabajadores desde inicios del siglo XX, que contó con seis números; “El gran cambio”, que versó sobre la crisis oligárquica y el ascenso de Ibáñez, contando con cuarenta y cinco números; “Las grandes batallas de Chile”, con seis números; otra sobre “Balmaceda y la crisis de 1891”, con cuarenta y un números, y “Las grandes fortunas del pasado”, con ocho episodios.²

Independiente de la periodicidad de estas, que en algunas llegaba a extenderse por varios meses, incluso casi llegando al año, se invitaba al lector interesado a adquirir la revista con frecuencia espartana para enterarse del desenlace de la historia que se narraba. En la sección a menudo se emplearon entre tres o cuatro páginas o como mucho cinco. A veces, se imprimieron a color, de seguro para motivar a un lector que esperaba la crónica corta.³ La exposición de los hallazgos se configuró en un formato tipo narración lineal que, al parecer, se constituía como una explicación, y como si aquel devenir histórico fuera el resultado exclusivo de decisiones de un conjunto de individuos de las elites, descartando una serie de condiciones de posibilidad, desde el plano económico hasta el cultural. Ahora, tampoco fue una simple crónica histórica la que se presentaba al público lector, sino una articulación que tenía objetivos claros: disputar la hegemonía sobre ciertos temas históricos que estaban presentes en aquellos momentos.

Las fuentes empleadas en los CH fueron las tradicionales, esto es, la prensa de la época y algunos testimonios de los actores involucrados, pero nada más que eso. No hubo una apertura a otro tipo de fuentes ni tampoco se discutió con los autores que habían investigado algunos de esos temas. Por poner un ejemplo, el grupo *Qué Pasa*, en una respuesta al autor de *Ruido de Sables*, el capitán (r) Raúl Aldunate, manifestó que la “no inclusión de notas en el texto de cuadernos históricos obedece a que se trata de una serie periodística que no pretende apabullar a sus lectores” (25, 1971: 2). Aldunate en aquella carta, llamaba la atención a *Qué Pasa*, puesto que, si bien empleaban su libro como fuente en los CH, no señalaban la procedencia de este.⁴ Por último, solo en los CH que trataron la Guerra Civil de 1891, se promovió un libro, *Visión y verdad sobre Balmaceda*, trabajo colectivo en el que colaboraron integrantes del semanario.

Como fuese, esta organización no fue un obstáculo para la revista, pues las cartas al director que encomiaban la sección no fueron pocas. De hecho, ya en el número 2 de *Qué Pasa* (1971: 2), un lector resaltó la importancia de los CH,

² Los únicos CH de esta etapa que no estuvieron enmarcados en el Chile republicano fueron “Verdades y mentiras sobre la Quintrala”.

³ De hecho, en la portada de la revista del número 53 de 1972, que conmemoraba el primer año de *Qué Pasa*, se anunciaba la “Nueva serie histórica, Grandes batallas de Chile, en color: Maipú”.

⁴ En el primer número de *Qué Pasa*, se promovió el libro de Aldunate, lo que este autor reconoció y agradeció. Por lo demás, en los agradecimientos de su libro manifestó que había recurrido a Jaime Eyzaguirre, “consultor histórico”, quien “Alentó mucho esta obra” (Aldunate, 1971: 6).

afirmando lo siguiente:

Otro de los indiscutibles aciertos de su revista es la sección ‘Cuadernos Históricos’. Por fin una versión objetiva y equilibrada de hechos fundamentales sobre los cuales, generalmente, no tenemos más que una nebulosa y deformada noción.

Creo que será un acicate formidable para el estudio científico de la historia contemporánea del país. En torno a esta sección de su revista debería formarse un caudal de polémica, documentación y valoración crítica respecto de hechos que están influyendo poderosamente en nuestros días.⁵

Así, en varias cartas al director, se aplaudía la persistencia del grupo *Qué Pasa* por mantener una sección que tenía objetivos nítidos. Ahora bien, no puede decirse que no hubo polémica, la que, por cierto, se acotó a temas relativos a ciertas figuras que pertenecían a la oligarquía, como fue el caso del presidente Sanfuentes (*Qué Pasa* 12, 1971: 37; 13, 1971: 2; 25, 1971: 2). Pero más que eso, el elogio fue lo que predominó frente a esa sección. No podía ser más grato para el grupo *Qué Pasa* que un historiador como Guillermo Feliú Cruz hubiera enviado una carta al director “para felicitarlo con verdadera efusión” por el tema *Balmaceda y la crisis del 91*. Decía Feliú:

Serios, serenos, bien investigados, con oportunas citas, conocimiento amplio y cabal de la materia, escritos con un sencillo lenguaje que los hace elegantes, en los últimos años nada se ha escrito en igual forma. Lo que se ha publicado o son panegíricos del personaje, diatribas contra él o puntos de vistas para hipótesis de tendencias políticas determinadas. Los estudios de **Qué Pasa** son objetivos y no se pierden en consideraciones que no están dentro del asunto.⁶

Feliú, curioso por la persona que había redactado los CH, preguntaba quién era el autor (*Qué Pasa* 68, 1972: 4). Es probable que la pregunta haya incomodado a *Qué Pasa*, pues con antelación, otro lector había consultado por el anonimato de la revista, haciendo resaltar que hace rato venía “notando algo raro en la revista y es que los interesantísimos artículos que aparecen en ella NO LOS FIRMA NADIE (sic).”

⁵ El firmante agregaba: “Le reitero mis felicitaciones y agrego una sugerencia: ¿Por qué no dedican una próxima serie al general Ibáñez? El libro de Raúl Aldunate –excelentemente descrito por QUE PASA- nos hace pensar en lo apasionante que es Ibáñez como personaje humano y político” (*Qué Pasa* 2, 1972: 2).

⁶ Negrillas en el original.

El autor de la carta decía que sería “bastante interesante que cada sección –Perfil Humano, Cuadernos Históricos, Semana Nacional, etc.- o que en cada sección mejor dicho, apareciese el nombre del periodista que hace su artículo, la entrevista u organiza la parte histórica” (*Qué Pasa* 61, 1972:2).

A esta última exigencia referida, aunque la primera en pronunciarse, la revista respondió que el anonimato se debía a que era “un trabajo de equipo que se esfuerza en lograr un estilo periodístico común” (*Qué Pasa* 61, 1972:2). Pero frente a la de Feliú, tuvieron que ceder, pero no para ventilar todos los nombres de los redactores, sino solo el del autor de los CH. De tal manera que el director de la revista, Gonzalo Vial, decía que aquella sección ensalzada por Feliú estaba escrita por el profesor universitario y “recién incorporado como miembro de la Academia de Historia”, Fernando Silva Vargas⁷ (*Qué Pasa* 68, 1972:4).

No podía ser una mejor ocasión para que el director de la revista aprovechara en ese mismo número de resaltar la nominación de Silva a la Academia Chilena de la Historia, destacando que el lugar que ocupaba era el que había dejado Jaime Eyzaguirre tras su muerte en 1968. Se expresaba en esa nota que llevaba por título “Fernando Silva. La herencia intelectual de Jaime Eyzaguirre”, que el historiador formaba “parte de una generación brillante de jóvenes investigadores que han traído un renovado impulso a una de las especialidades con mayor desarrollo en la ciencia nacional” (*Qué Pasa* 68, 1972: 11). Así, el prestigio buscado, como se desprende, era doble, lo que le daba, por supuesto, cierta legitimación a la versión de la historia que la revista *Qué Pasa* entregaba continuamente sobre los temas que consideraba relevantes para esas horas del día.

La demanda de un sector de los lectores por saber no solo quiénes estaban detrás de la revista, sino que también la fuente doctrinaria de la que bebían los redactores fue algo que del mismo modo se produjo mientras mantuvieron el anonimato. Tal fue el tono inquieto de una carta al director que interpelaba a la revista en vista de que, luego de cuatro años de la muerte de Eyzaguirre, nada se había manifestado al respecto. Pensaba el lector que “*Qué Pasa* haría alguna referencia a quien con propiedad se puede denominar maestro”, agregando que convenía “difundir su imagen y reconocer su labor. Chile está en deuda con él; con sus obras de historiador y jurista; con su vida de Caballero Cristiano” (*Qué Pasa* 77, 1972: 4). La respuesta del director fue inmediata, destacando que los “redactores de *QUE PASA* se reconocen deudores de Jaime Eyzaguirre, por muchos conceptos. Razones de técnica periodística nos han movido a postergar el homenaje que se merece para una fecha próxima” (*Qué Pasa* 77, 1972: 4).

⁷ Fernando Silva Vargas es abogado de la Universidad Católica de Chile. Se formó con Jaime Eyzaguirre, quien fue el profesor guía de su tesis, *Tierras y pueblos de indios en el Reino de Chile*, de 1962. Colaboró en la revista *Finis Terrae*, fue miembro de *Historia* y fundó, junto al maestro, la revista *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales*.

Como se ve, esta suerte de envión por parte del público lector fue haciendo posible que la revista empezara por dar cuenta de sus definiciones y quiénes la nutrían de modo directo, por lo menos, en términos ideológicos. Solo se estaba al corriente de que el abogado e historiador Gonzalo Vial Correa era su director y, luego de un año y medio de circulación, quien también estaba al mando de los CH. Pero como extensión de ello, se reafirmaba la figura providencial de Jaime Eyzaguirre como fuente doctrinaria. En efecto, al número siguiente de la interpelación del lector identificado como Huneus, se publicitaba un homenaje que le hizo el curso de derecho de la Universidad de Chile que ingresó en 1968, año que cobró la vida de Eyzaguirre. *Qué Pasa* señalaba que se confirmaba

que, entre los muchos aciertos casi proféticos de ese hombre visionario, hubo un gran error: el de creer que sus ideas no tenían ahora la acogida de antes. Por el contrario, pocas figuras han provocado entre nosotros tanta continuidad en su influencia como la suya, precisamente en ese periodo siguiente a su desaparición, que suele ser olvido injustificado (78, 1972: 51).

Por último, ya en marzo de 1973, a pocos meses del golpe de Estado, en el ejemplar que celebraba el número 100, se había dejado por completo el anonimato, presentándose el comité editorial fundador, siendo esto materia de otro asunto (González, 2017: 48-51). Véanse, por ahora, los CH.

175

2.1. La sangre del pueblo

Esta fue la primera sección que se fijó con el apareamiento de la revista en abril de 1971, en momentos en que la Unidad Popular obtenía un triunfo aplastante en las elecciones municipales de ese mismo mes.

El grupo *Qué Pasa* no desconoció ni la situación precaria de los trabajadores ni la violencia que sufrieron por parte del Estado en las primeras décadas del siglo XX. Aunque no proporcionaron una explicación de esas condiciones, afirmaron que “la sangre del pueblo” había “servido para que algunos irresponsables prediquen la destrucción violenta de la sociedad”, y también, “para que los políticos inescrupulosos hagan demagogia y ganen votos” con ella (*Qué Pasa* 1, 1971: 25). Con estas últimas palabras, a modo de presentación, partieron los seis episodios de violencia que describieron estos sucesos a lo largo de seis números consecutivos. Era una forma bastante tradicional de exponer los hechos, pero que tenía con mucha seguridad varios objetivos de orden político.

Al partir con la violencia estatal, por un lado, como si fuera solo expresión del siglo XX, se buscaba comprenderla como un accionar que tenía por fin encarar a las

ideologías importadas desde fines del siglo XIX que se habían infiltrado en el movimiento obrero, pero también se intentaba indirectamente, relacionar esos eventos con la prédica violenta de algunos grupos de las izquierdas de la época que, tal como había ocurrido en ese pasado representado, seguía produciéndose en ese presente vivido, con consecuencias no más gratas para el pueblo (recuérdese, solo a modo de ilustración, el enfrentamiento en el fundo de San Miguel en San Esteban en 1968 que cobró varias vidas o la matanza de Pampa Irigoín en Puerto Montt en 1969). Por otro lado, se buscaba demostrar la inoperancia de las clases altas que estaban destinadas a darle solución a los problemas que los sectores populares padecían, siendo ello, una crítica velada al régimen parlamentario que por su indiferencia hizo posible que los trabajadores al enfrentarse a la indolencia de la oligarquía, de pasada, dejaran llevarse por las nuevas ideologías que empezaban a penetrar el clima social de la época, tras lo cual la violencia tendía a legitimarse.

Si ya hace dos décadas la historiografía de las izquierdas había tributado con varias obras y tesis sobre estos temas, este grupo salía a disputar en torno a las interpretaciones que se habían dado de las matanzas de los obreros. Bajo un gobierno de izquierda que decía representar los intereses de los trabajadores no dejaba de llamar la atención que una revista como *Qué Pasa* le destinara unas cuantas páginas por varias semanas a estos episodios. Más curiosidad si no se sabía bien quiénes estaban detrás la revista.

176

2.2. El gran cambio

Con aquel título, denominaron al periodo que va desde el ascenso de Arturo Alessandri en 1920 hasta su segunda presidencia en 1932. Como ya se expresó, este tema fue abordado en más de cuarenta números, los que, reunidos, fácilmente podrían haber constituido un librito sobre ese periodo.⁸ El interés por estos asuntos relativos a la historia del siglo XX, era signo de que las inquietudes se habían modificado en los últimos años. La contingencia política e ideológica clamaba por una posición determinada, sobre todo en un campo cultural en permanente disputa, pues la gran parte de los historiadores marxistas, por decir algo, se estaban preocupando por aquel siglo, si bien algunos comenzaban con la Guerra Civil de 1891. Además, la historia reciente les servía, como ya lo habían hecho con “La sangre del pueblo”, para ilustrar al público sobre las decisiones específicas tomadas por la oligarquía y de esa manera dar cuenta de las consecuencias de las mismas.

Silva, frente a este nuevo episodio, se había preguntado qué había ocurrido en

⁸ Es posible que todos esos antecedentes hayan constituido la preparación previa de la *Historia de Chile* que empezó a circular en 1974, en la que además de Silva Vargas estaban involucrados Osvaldo Silva, Patricio Estellé y Sergio Villalobos. Vargas tuvo a cargo el tomo IV, que iba desde el último cuarto del siglo XIX hasta 1970 del siglo XX. Esta es quizá la primera historia de Chile del siglo XX.

esos doce años en que “se suceden los gobiernos y ‘cuartelazos’; hierve la agitación social; la economía amenaza desplomarse y al fin, efectivamente, se desploma con la Gran Crisis... ¡Hasta tenemos un ‘Chile Nuevo’, proseguía Silva, anticipado, con Ibáñez, y una anticipada ‘República Socialista’, con Grove!”. La respuesta no dejó de ser inmediata, pues al mismo tiempo afirmaba lo siguiente: “Había sucedido una cosa muy simple... pero muy grave: el fracaso de la clase gobernante [...] y del régimen político y económico que había discurrido para Chile”; por último, no “enfrentar el desafío que, para Chile, significaron la crisis del salitre y la cuestión social” (*Qué Pasa* 8, 1971: 33-35).

Como se ve, esta nueva partida de los CH se apropió de las tesis que Alberto Edwards sistematizó en *La fronda aristocrática en Chile* y que habían sido continuadas por la vertiente nacionalista de derecha, sobre todo por los grupos liderados por Jorge Prat (*Qué Pasa* 36, 1971: 6). No empleó, por cierto, los conceptos de fronda ni de decadencia nacional, pero dejaba ver el comportamiento estéril y anárquico de la clase dominante y los partidos políticos, agentes propios del liberalismo. Silva, luego de cuarenta y cinco números consecutivos, dejaba en suspenso aquel tema de los CH con el arribo definitivo de Carlos Ibáñez del Campo en 1927, sin esclarecer lo que aconteció luego de ese suceso. Pero cerraba ese último facsímil, asegurando que quien llegaba al poder era “el candidato sin partido”, iniciando “el gobierno más ensalzado y más denigrado –y el de más hondas y duraderas transformaciones– de la primera mitad del siglo XX” (*Qué Pasa* 52, 1972: 33).

Por las cartas al director, y por supuesto, por la propia selección de las mismas por los editores de *Qué Pasa*, se entrevé que caló hondo esta sección específica. Uno de los tantos lectores en el número 29 de 1971 expresaba lo siguiente:

La lectura de los distintos episodios políticos del primer tercio del siglo en nuestro país me han servido para interiorizarme acerca de este interesante e inexplicablemente olvidado período de nuestra historia; y sobre todo para ver cómo tantas cosas que han ocurrido en los años recientes y en estos meses guardan un extraordinario parecido con el acontecer de hace 40 o 50 años [...] Creo que en la cultura cívica de todos los pueblos el conocimiento del pasado político reciente juega un papel aleccionador fundamental (4).

2.3. Balmaceda y la crisis del 91

A lo largo de diez meses, de junio de 1972 a marzo de 1973, circuló este tema en los CH. No dejaba de ser una crónica estrictamente política, descartando el plano

económico y social en el desenlace que llevó a la Guerra Civil y al suicidio del presidente en septiembre de 1891. En ninguna parte se discutió con la historiografía que proponía estos factores como fundamentales para comprender aquel episodio. Solo se hizo mención a un tipo de investigación, *Visión y verdad sobre Balmaceda*, que fue justamente la que, publicada en ese mismo periodo, 1972, polemizó directamente con Hernán Ramírez Necochea, historiador comunista que había levantado la figura de Balmaceda y el proyecto, que según su óptica, él encarnaba.

Visión y verdad sobre Balmaceda, un trabajo colectivo, había sido publicado por sectores cercanos al grupo *Qué Pasa*, destacándose entre sus autores Hermógenes Pérez de Arce, miembro del semanario. La misma revista promocionó el libro, presentándolo como un ensayo polémico fruto de la reunión de un conjunto de “sendas conferencias destinadas a dar testimonio de la verdad histórica sobre la persona, ideario y realizaciones del discutido e intencionadamente desfigurado presidente”, afirmando que la “actualidad del tema y del personaje y la necesidad de hacer justicia sobre uno de los momentos más apasionantes de nuestra historia patria hacen indispensable la lectura de la obra” (*Qué Pasa* 58, 1972: 2).

En ese mismo número de *Qué Pasa*, en que se recomendaba la lectura del reciente libro, los CH abrieron su nueva partida con el asunto de Balmaceda, días en que Hernán Ramírez había dado al público su tercera edición de *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891* (1972). Era una lucha por el imaginario que se había creado en torno a la figura del presidente, cuestión que, por supuesto, no constituía una motivación nueva por parte de este grupo. Desde el apareamiento de la *Guerra Civil de 1891. Antecedentes económicos*, de Ramírez, publicada en 1951, se había puesto mucho empeño por desacreditarla. Lo mismo ocurrió con las versiones sucesivas que fue publicando a lo largo de esos años. No es curioso, así, que estos CH, hayan venido nuevamente a ser parte del tensionado ambiente, insistiendo y defendiendo la versión tradicional que reducía la guerra a cuestiones de orden político. En un editorial varios meses antes de que empezaran a circular estos nuevos CH, se había manifestado el rechazo a la obra de Ramírez, sin mencionarlo, por supuesto. Se referían a esta historia como una “grosera caricatura de la guerra civil de 1891”, que buscaba colocar al presidente inmolado como una “víctima de los ‘imperialistas’” y no como una “lucha por imponer el autoritarismo presidencial sobre los vicios parlamentarios” (*Qué Pasa* 22, 1971: 3).

Ese mismo tono ya había sido empleado en una crónica de *Qué Pasa*, en la que se destacó el ingreso de Javier González Echenique a la Academia Chilena de la Historia. El director del semanario, Gonzalo Vial, quien hizo la recepción del nuevo miembro, reprodujo en la revista las palabras que leyó en aquel distinguido acto, para posicionar el tipo de historiador que era González, en contraposición a los historiadores marxistas, condición que fácilmente se podría extender al resto de historiadores del grupo. De tal manera que González estaba en la antítesis respecto a

cómo procedían esos historiadores:

La atrevida ignorancia (decía Vial), la investigación superficial, la intromisión de conceptos políticos y sociológicos preconcebidos, han hecho proliferar en los últimos tiempos innumerables tesis relativa a nuestra historia, tan deslumbrantes como ligeras. Todas ellas adolecen de un mismo vicio fundamental: creer que es posible explicar la historia por una sola causa, o por un grupo limitado de causas, desdeñando sus complejidades y matices... porque se los desconocen (10, 1971: 42).

No obstante, estas palabras y el énfasis por desconocer y rechazar la propuesta de Ramírez, los condujo a caer en la misma crítica que destilaban, pues la versión de los CH que buscaba esquivar cualquiera relación y sintonía con la perspectiva del historiador comunista, obligó a Silva a destacar, solo y únicamente, el plano político como factor de la Guerra Civil, creyendo que era “posible explicar la historia por una sola causa”, si se siguen las palabras del propio Vial (*Qué Pasa* 10, 1971: 42). Valen para ellos, de ese modo, las mismas objeciones que impugnaban.

En la perspectiva de Silva, era la fronda resistente al autoritarismo presidencial que se había instalado como una verdadera dictadura, intentando gobernar sin la venia del parlamento, lo que condujo al desenlace final, donde ni asomó el imperialismo ni la oligarquía vendida al “oro blanco”, como enfatizaba aquella parte de la historiografía de la izquierda de esa época. Era poco probable que citaran a Ramírez, pues lo consideraban, como mucho, un historiador panfletario, sujeto a una teoría en la que se acomodaban los hechos, como ya se vio, pero que gravitaba como un fantasma sobre este bloque ideológico⁹.

Para cerrar, se logra evidenciar que los núcleos fundamentales de los discursos desarrollados en CH estaban supeditados a las preocupaciones más inmediatas del grupo *Qué Pasa*, buscando con esa estrategia que el lector asociara y comparara cada tema de ese pasado con la contingencia política del presente¹⁰.

⁹ En la ocasión en que referenció un libro que apareció por esos tiempos, editado y compilado por Hernán Godoy, *Estructura social de Chile*, de 1971 (en el cual colaboró Ricardo Couyoumdjian, discípulo de Jaime Eyzaguirre) decía la revista que Ramírez hacía “la historia del movimiento obrero en Chile, con el lenguaje estereotipado y el cansador simplismo de un marxista fiel, de pocos alcances” (*Qué Pasa*, 47, 1971:47).

¹⁰ En otra oportunidad, y paralelo a los CH, a través de nueve números (*Qué Pasa* 96-104, 1973), publicaron un facsímil que llevaba por título “La URSS veinte años después de Stalin”, presentándolo como parte de una sección que titulaban “Historia”. Esta sección no tuvo una permanencia y constancia como los CH, pero hacía alusión a cuestiones que los editores, de vez en cuando, consideraban de naturaleza histórica. En esta, por ejemplo, graficaron las condiciones políticas, económicas y sociales de la URSS, luego de la muerte del jerarca ruso en 1953, alejándose del orden historiográfico, pues, a ratos, sobre la base de opiniones y conjeturas, abordaron ciertos temas hasta

3. Los héroes y la historia

Pero no solo lo anterior fue incumbencia de este grupo de historiadores y periodistas, sino que también, y siempre en el orden de la historia, lo que estaba ocurriendo con las figuras patrias. La nación no se había formado solo por fuerzas espirituales superiores que soplaban sobre los humanos, sino que por una sana combinación de ello y ciertos sujetos ejemplares que, gracias al tesón y la exigencia de la historia, fueron dibujando el porvenir: eran los héroes. Estos se habían mantenido al interior de las tradiciones fundadoras, requisito necesario para el avance paulatino pero inexorable de la nación. Así, rápidamente en el número 6 de *Qué Pasa*, en el editorial “¿Olvido de nuestros héroes?”, mostraban una inquietud abrazante por el abandono de estos emblemas. Decían que estaba sucediendo una acentuación progresiva de “la creciente indiferencia con que la ciudadanía –y especialmente la juventud– mira a nuestros héroes y nuestras gestas históricas” (1971: 3). Los años en que se glorificaban los valores patrios, con permanencia y muy sentida por todos los sectores de la sociedad chilena, estaban siendo parte del pasado, dándose paso, por el contrario, a ídolos extranjerizantes como el “che Guevara”, que nada tenían en común con la idiosincrasia nacional. El antídoto para ello, suponía *Qué Pasa*, era justamente el cultivo de una historia que rescatara las hazañas que le dieron vida a la república. La verdad, insistían,

es que el ser humano necesita siempre de algunos ídolos o figuras en quienes encarnar su ideal, y de alguna expresión imaginativa capaz de hacer volar su mente hacia sueños lejanos [...] lo atinado es alimentar tales inclinaciones con realidades que los ligen positivamente hacia valores morales o los elementos constitutivos en que se desea afirmar la

1970, vale decir, el presente de los propios redactores de la revista. Es probable que esa estrecha distancia temporal los haya conducido a encasillar aquellas crónicas, ya en la cuarta entrega, como parte de un simple reportaje, dejándolo de presentar como parte de esa sección de Historia. Para *Qué Pasa*, los males que sufría la URSS y la sociedad que la habitaba, no eran propios de un pasado remoto, sino eventos que estaban sucediéndose día tras día, cuando la Unidad Popular tenía intenciones parecidas a las que llevaron a la URSS a ese tipo de condiciones. Era 1973, y el semanario en esos números, pasó revista a las luchas por el poder, la persecución de la intelectualidad disidente y el control del pensamiento, un militarismo desorbitante, atraso tecnológico por la falta de libertad e incentivo individual, una economía centralizada y planificada fracasada, tal como la economía agrícola, producto de la colectivización y la “silenciosa pero obstinada resistencia del campesino a abandonar sus ancestrales hábitos individualistas” (*Qué Pasa* 99, 1973: 23), etc., todo lo cual, o por lo menos los últimos puntos, siempre se comparaba con el próspero Estados Unidos capitalista, al que la URSS recurría de vez en cuando en busca de ayuda. Entre otras, estas eran las estrategias de deslegitimación que hacían funcionar, poniendo en el camino rojo al gobierno de Allende, cuestión que, para el lector, dada la situación que vivía el país, no debió de ser muy alentadora ni muy auspiciosa, menos cuando uno de los partidos más importantes de aquella alianza de gobierno, como el Partido Comunista, era un fiel seguidor de los dictados de la URSS, según la óptica de sus detractores.

existencia misma del ser humano en una sociedad determinada.

El editorial, ante ese enfriamiento nacional, terminaba preguntándose “¿No será tiempo de iniciar una reacción enérgica al respecto?” (*Qué Pasa* 6, 1971: 3). Los editoriales sobre este asunto no fueron pocos, manteniéndose en el tiempo cuando la situación los evocaba. Si bien varios de ellos eran interpelaciones en un plano más abstracto que específico sobre la historia patria, en uno que llevaba el título “La Nueva Historia” apuntaron directamente a los mecanismos que se empleaban para llegar a los distintos segmentos sociales. Eran “mil sistemas insidiosos: textos escolares ‘concientizadores’, artículos de prensa, discursos, programas radiales, series de TV”. En este mismo lugar, *Qué Pasa* enfatizaba que “el objetivo es infiltrar ciertas interpretaciones históricas en la mente del público medio, sin conocimientos especiales, afirmándolas como probadas e indiscutibles y rehuyendo su discusión. En otras palabras, la historia deja de ser **ciencia** para convertirse en **arma política**” (*Qué Pasa* 22, 1971: 3)¹¹.

Para el grupo, había toda una política en función de denigrar la historia patria y a sus próceres, lo que provenía especialmente del “**mal** historiador marxista”¹², que por esos momentos, le hacía una mala jugada al gobierno con la producción de “simplistas deformaciones históricas”, las que debían ser aceptadas por Allende como historia oficial. (*Qué Pasa* 22, 1971: 3). Aquel estado de cosas, que fue denunciándose desde que apareció la revista, fue adoptando formas más concretas de acción, evidenciando que no era solo una preocupación verbal para estos. Así, aunque mantuvieron editoriales en relación a esta inquietud, como unos que llevaban títulos como “Nuevas idolatrías” (*Qué Pasa* 9, 1971: 3) o “Patriotismo se presume” (*Qué Pasa* 10, 1971: 3), intentaron vincularse con el público lector de un modo más directo con la intención de repercutir sobre estos temas. En una encuesta que buscaba evidenciar “espontáneamente” quiénes eran los héroes para los niños y niñas de ciertos colegios de la capital, *Qué Pasa* informaba que la mayoría había elegido a Bernardo O’Higgins y a Pedro de Valdivia, lo que no dejaba de ser gratificante para este sector. Pero señalaban el impacto que estaba teniendo “la política mezclándose poco a poco en la valoración histórica”, al dejar ver que también aparecían figuras como los expresidentes Arturo y Jorge Alessandri, Salvador Allende, el general René Schneider, entre otros, y un extranjero como el Che Guevara (*Qué Pasa* 22, 1971: 29).

La discusión no había parado y en abril de 1972, en un reportaje que titularon “Es tiempo de honrar a los héroes”, se manifestaron sobre un proyecto de ley que lideraban parlamentarios de la izquierda gobiernista con el objetivo de

¹¹ Negritas en el original.

¹² Negritas en el original.

“divulgar la vida y los méritos de los hombres ilustres de este país”. *Qué Pasa* le consultó a un “experto” que evaluara aquel proyecto, eligiendo para ello al “prolijo investigador, profesor de la UC y miembro de la Academia de la Historia”, Javier González Echenique, amigo y colaborador estrecho de este grupo. En primera instancia, el connotado historiador consideraba positiva la iniciativa, mereciendo aplausos el proyecto. Sin embargo, en lo específico, decía que habría que tener cuidado con la elección, pues los criterios de selección quedarían “de hecho y de derecho, en manos de hombres”, añadiendo que “por desgracia, bien sabemos de qué modo algunos de nuestros próceres han sido elegidos para su posterior utilización como arma política”, aludiendo, pero sin decirlo explícitamente, a la figura del presidente Balmaceda (*Qué Pasa* 52, 1972: 39-40).

Todo lo anterior se tornaba más complejo cuando se hacía uso de los mecanismos estatales para difundir la “verdadera historia de Chile” frente a la “historia oficial”. Amalgamada en la misma dirección y sentido que habituaron en las páginas de *Qué Pasa*, y en lucha permanente, la publicación del libro *Capítulos de la Historia de Chile* por la Editora Nacional Quimantú venía a presentarse como correlato de aquellos problemas. Para el semanario, aquel libro era producto de un tipo incorrecto de escribir la historia. No, decían, como consecuencia de una forma de investigación lenta, fatigosa y controvertida que, “aunque los resultados sean magros y en ocasiones muy difíciles de digerir, estaremos ante un aporte respetable para el más cabal conocimiento del pasado”, sino como una forma “al volar de la pluma, sobre hipótesis que quedan en el aire, pero que nadie se da el trabajo de demostrar”, siendo la historia utilizada “como medio de propaganda” (*Qué Pasa* 116, 1973: 26).

La publicación de aquel libro, lógicamente, generó bastante polémica en el ambiente cultural de la época, produciéndose un tenso debate.¹³ La propia Academia Chilena de la Historia, a la que pertenecían varios de estos, como Gonzalo Vial, Javier González y Fernando Silva, protestó contra la tergiversación de la historia que se hacía en el libro (*La Prensa* 09 de agosto, 1973: 1 y 5). Las páginas de *Capítulos de la Historia de Chile*, según las palabras del semanario, eran fruto del cristal empleado por la historiografía marxista que había ido posicionándose durante las últimas décadas, historiografía que despreciaban sin ocultarlo.

El cultivo de la historia no podía ser fruto de la pura erudición ni del conocimiento enciclopédico ni menos propaganda al servicio de la política. Por el contrario, su aproximación la revelaba como factor condicionante del camino

¹³ *Capítulos de la Historia de Chile*, publicado en 1973, fue un libro de divulgación histórica que tenía como público objetivo a los sectores populares que el gobierno de la época decía representar, con un enfoque que chocaba con la historia tradicional preferida por la elite que glorificaba a ciertos individuos y gestas históricas. El libro había sido firmado con el seudónimo Ranquil, que con el tiempo se supo que correspondía a Ana Simpson.

recorrido hasta allí en la formación de la nacionalidad y las tradiciones más profundas del ser patrio. Desconocerla o, peor aún, tergiversarla para acomodarla a deseos de orden partidario, produciría efectos nocivos para el porvenir de la nación, pues la conduciría a una crisis de identidad que solo las Fuerzas Armadas, “reserva moral”, tal como las definieron en el número que salió luego del Golpe de Estado de 1973, podrían evitar, acción que, por supuesto, esperó y promovió abierta y solapadamente el grupo *Qué Pasa*.

4. El Instituto Cultural de Providencia

Desde la propia revista, se puede evidenciar que estos intelectuales de derechas no solo se movieron a través de sus páginas. Quizá el Instituto Cultural de Providencia, de seguro, destinado a las elites y sectores medios altos, fue uno de los puntos de socialización preferido para dar a conocer los saberes intelectuales que producían, afirmación que se puede sostener en vista de las alusiones permanentes que hicieron de las actividades que se realizaban en este, donde varios de los integrantes de *Qué Pasa* fueron protagonistas.

Este centro había sido fundado a inicios de la década de los años sesenta del siglo XX y en pleno gobierno de la Unidad Popular se convirtió en refugio de la cultura de un sector de la elite. En los tiempos que acá se tratan, el directorio estaba compuesto por amigos o cercanos del grupo *Qué Pasa*, como Tomás Mac Hale, discípulo de Jaime Eyzaguirre; Julio Phillipi, cuñado de Eyzaguirre; Francisco Orrego, futuro director de *Portada*, entre otros. Pero más importante aún era la presencia de uno de los fundadores de *Qué Pasa*, Diego Ibáñez Langlois, quien oficiaba como director del Instituto, lo que explica que la relación fuese estrecha y fluida con los integrantes de la revista.

En efecto, al iniciarse la Escuela de Invierno de 1971, la revista *Qué Pasa* afirmaba que era “el primer indicio de un ambicioso plan para multiplicar en calidad y extensión las actividades del Instituto cultural de Providencia”, escuela que partiría con un ciclo de conferencias dictado, entre otros, por Hermógenes Pérez de Arce y Gonzalo Vial Correa. Aquel ciclo era promovido como el “plato fuerte” de la Escuela de Invierno. Por supuesto, en ningún lado se indicó que fuesen los organizadores de la revista aquel plato fuerte, cuestión de la que siempre se cuidaron. De hecho, respecto a Pérez de Arce, se le presentó como “abogado, periodista, redactor económico de ‘El Mercurio’”, evitando consentir vínculo alguno con el semanario (*Qué Pasa* 15, 1971: 41).

Se advierte que fue frecuente la colaboración en aquel instituto, pues al mes siguiente, en septiembre de 1971, cumpliéndose tres años de la muerte del maestro, aquel trágico hecho se conmemoraba con un ciclo sobre la “figura y obra de Jaime Eyzaguirre.” En esta ocasión participaron el escritor Hugo Montes, Fernando Zegers

(primo de Cristián Zegers, fundador de *Qué Pasa*), Jaime Martínez y Gonzalo Vial, todos discípulos de Eyzaguirre y los dos últimos miembros del comité fundador de la revista (*Qué Pasa* 22, 1971: 1).

Ahora bien, el Instituto Cultural de Providencia no fue solo un espacio neutro que prestaba sus salas para facilitar la difusión de cierta cultura, sino que también fue organizador de ella. El libro *Visión y Verdad sobre Balmaceda*, que tanta publicidad le hizo la revista *Qué Pasa*, había sido el fruto de unas conferencias dictadas en el Instituto en noviembre de 1971 (*Qué Pasa* 59, 1972: 2). La iniciativa de ver esas charlas en formato impreso fue justamente motivación de este Instituto, junto al Club José Manuel Balmaceda. De tal manera, aquel centro fue una trinchera y baluarte más de estos sectores de la elite capitalina que resistía a la “nueva historia” que intentaba instalar la Unidad Popular, por lo que la lucha de clases también se daba en otros planos, como en el cultural.

Pero todo, al parecer, no fue tan promisorio para el grupo, pues en un reportaje sobre los institutos culturales que hizo la revista, que llevaba por título “Entre la agonía y el éxito. Institutos Culturales”, se manifestó, hablando en tiempo pasado, que el de la comuna de Providencia había tenido su buen tiempo “bajo el binomio Sibila Señoret y Diego Ibáñez Langlois”, siendo en su momento “otro foco de irradiación decisivo” (*Qué Pasa* 88, 1972: 48-49). Quizá el cambio en la dirección, pues desembarcó en 1972 Paloma Correa de Bunster, haya roto ese vínculo directo que posibilitaba Ibáñez Langlois con el grupo *Qué Pasa*. Y puede ser que haya sido así, pues si bien continuaron auspiciando las actividades que se realizaban en el Instituto, no aparecen ellos destacándose, como a menudo lo hicieron ver en las páginas de la revista, la que era utilizada como caja de resonancia de las actividades que realizaban en esta instancia. De hecho, si bien hablaron en profundidad de la situación del Instituto Cultural de Las Condes, de la Casa de la Cultura de Ñuñoa, dirigido por la escritora Ester Matte Alessandri, y de la Casa de la Cultura de San Miguel, en manos de Hernán Cañas, apenas mencionaron al Instituto Cultural de Providencia.

5. Consideraciones finales

Los CH, luego de 1973, perdieron la fuerza que lograron mantener durante los años de la Unidad Popular, tratando temas aislados y sin la sistematicidad que los caracterizó con anterioridad. A decir verdad, la estrategia había perdido eficacia, pues el objetivo se había cumplido, lo que condujo al grupo a dejar de incluir esa sección desde 1975. Incluso, Fernando Silva fue reemplazado por Enrique Bunster.

En el periodo que acá se analizó, la historia se concibió como arma de lucha de primer orden, por lo que la denuncia e impugnación contra el oponente, también valía para el grupo. Eran los juegos del lenguaje. De tal manera que si en este trabajo

se seleccionaron esos tres temas de la sección CH, que fueron más o menos los dominantes desde que se constituyó *Qué Pasa* hasta el golpe de Estado de 1973, obedeció a que a través de ellos se exponían los grandes problemas que aquejaban a este grupo: la crisis del régimen oligárquico, la incapacidad de la elite dominante y la organización propia que adoptó a través del partidismo, cuya consecuencia fue la politiquería corrosiva; la prédica violenta a partir de ideas ajenas del sentir nacional; la representación histórica sobre el presidente José Manuel Balmaceda, figura apropiada por la izquierda de la época, además de tema preferido por uno de los historiadores más importantes de aquel sector que gozaba de reconocimiento en el ambiente público y universitario.

El asunto de la historia no pudo ser abandonado, aunque el semanario haya sido una revista de actualidad. Todos los historiadores de *Qué Pasa*, abogados de formación profesional, bajo el influjo de Eyzaguirre, y producto de otras variables, por supuesto, habían optado por el cultivo de la historia desde edades tempranas, lo que no dejó de hacerse, incluso en la adversidad, cuando las armas a emplear pasaron a ser otras, como el periodismo de trinchera. No renunciaron a ese plano vital, y la incluyeron como tema de debate y discusión, aunque la característica que adoptó aquél haya sido de otra naturaleza. A diferencia de la revista *Historia* que era de difusión especializada y para un público bien específico, la que aún seguían controlando por esos tiempos, pero no como lo habían hecho cuando la dirigió Eyzaguirre, *Qué Pasa* debía destinarse a un segmento de gente mucho más amplio y masivo, acostumbrado a otro tipo de lectura. Lo cierto es que no se equivocaron en ello, pues las cartas al director confirmaron una buena recepción.

No obstante, por lo que se vio desde las mismas páginas de *Qué Pasa*, ese modo de divulgación no lo encontraron suficiente, pues la vinculación con el espacio público siguió manteniéndose mientras las condiciones así lo permitieron. El Instituto Cultural de Providencia fue, al parecer, el espacio preferido para reencontrarse con la elite que, de seguro, absorta, al igual que el grupo *Qué Pasa*, con las transformaciones que impulsaba el gobierno de la Unidad Popular, necesitaba escuchar una versión distinta de la historia que se intentaba imponer, según la óptica de estos, a todos los chilenos por parte del leviatán.

La historia la concibieron como el antídoto necesario para enfrentar el desvío en que se encontraba la sociedad toda, de seguro, extraviada por las falsas formas de concebir el pasado patrio, sobre todo desde la historiografía marxista, quienes estaban penetrando en todos los intersticios posibles.

Independiente de los mecanismos que utilizaron para ver caído el gobierno de Salvador Allende, los que acá no se trataron, la concepción de la historia como modeladora de la nación y de la unidad de los chilenos fue una noción clave en el discurso del semanario, atravesando a muchos de los reportajes que difundieron. La revista *Qué Pasa*, así, no fue solo una revista de actualidad, sino una vocera de una

forma de comprender la sociedad de un grupo humano con una fuerte cohesión ideológica. Al final de cuentas, los discípulos de Jaime Eyzaguirre vencieron luego del 11 de septiembre de 1973, logrando reivindicar el nombre del maestro que siempre los instó a luchar. Pero mayor aún, pues con el camino despejado a través de la represión, el exilio o la muerte, la dictadura empezaba a imponer la concepción de la historia que este grupo había defendido: desde ya, el uso público de la historia pasaba a ser política del Estado.

Bibliografía

Colección *Qué Pasa*, 1971-1973.

“Academia de la Historia protesta por ultraje UP a héroes de la patria”, *La prensa*, 9 de agosto de 1973, p.1 y 5. Disponible en web: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:235818>

Aldunate, R. (1971): *Ruido de sables*. Santiago, s/e.

Aránguiz, H. (1968): “Jaime Eyzaguirre, Maestro”, *Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales*, 8.

Gallerano, N. (2007): “Historia y uso público de la historia”, *Pasajes. Revista de pensamiento contemporáneo*, 24, pp. 87-97.

Gomes, G. (2016): “Las revistas de la extrema derecha chilena: entre el antiallendismo y el antiperonismo”, en J. F. Bertonha y E. Bohoslavsky, comp., *Circule por la derecha. Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*. Buenos Aires, Ediciones UNGS, pp.267-286.

González, M. (2013): “El germen de un nuevo proyecto social. Los intelectuales de las revistas *Portada* y *Qué Pasa*. 1969-1980”, *Tiempo Histórico*, 6, pp.111-133.

González, M. (2017): *Gonzalo Vial Correa. Las sinuosidades de una trayectoria intelectual, 1969-1991*. Santiago, Ril editores.

“Homenaje conjunto a Jaime Eyzaguirre”, *El Mercurio*, 30 de septiembre de 1968, s/p. Disponible en web: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:223589> [Consulta: 25 de mayo de 2022].

Ruiz, C. (1992): “El conservantismo como ideología. Corporativismo y neoliberalismo en las revistas teóricas de la derecha”, en R. Cristi y C. Ruiz, *Pensamiento conservador en Chile*. Santiago, Editorial Universitaria, pp.103-123.

Santoni, A. y L. Sáez Fuentealba (2018): “Chile vs. el mundo. La revista *Qué Pasa* y la “campana anti-chilena””, *Divergencia*, 11, pp.127-148.

Silva Vargas, F. (1972): “Presencia de Jaime Eyzaguirre”, *Portada*, 34, pp. 7-9.

Tarcus, H. (2020): *Las revistas culturales latinoamericanas*. Buenos Aires, Editorial Tren en movimiento.

Zegers, C. (1969): “Retrato hablado de Jaime Eyzaguirre”, *Mapocho*, 19, pp. 73-84.

Fecha de recepción: 13 de abril de 2022

Fecha de aceptación: 9 de julio de 2022